

mados á un destino propio; y el sentimiento amargo de la malevolencia, que á pesar mio excitaba, se unia con la opresion causada por el vacío, que me estorbaba respirar. En vano se dice: tal hombre no es digno de juzgarme, tal mujer no es capaz de comprenderme; el semblante humano tiene sobre el corazon humano gran poder; y cuando leemos en aquel semblante una secreta desaprobacion, siempre nos molesta á pesar nuestro; en fin el círculo que nos rodea oculta al cabo el resto del mundo; el objeto mas pequeño puesto delante del ojo, intercepta el sol; esto mismo sucede tambien con la sociedad en que vivimos; ni la Europa ni la posteridad podrian hacernos insensibles á los chismes de la casa vecina; y quien desea ser feliz y dilatar su genio, debe, ante todas cosas, escoger bien la esfera que inmediatamente ha de rodearle.

CAPITULO II

No tenia mas entretenimiento que la educacion de mi hermanita; mi madrastra no queria que aprendiese la música; pero me permitió enseñarle italiano y dibujo, y me persuado que aun se acordará de am-

bas cosas, porque haciéndole justicia, manifestaba entónces bastante disposicion... ¡Osvaldo! ¡Osvaldo! si me he tomado tanto trabajo para vuestra felicidad, me complazco de él, y me complaceria hasta en el sepulcro.

Iba á cumplir veinte años; y mi padre pensaba en casarme: aquí va á manifestarse toda la fatalidad de mi suerte. Mi padre era íntimo amigo del vuestro, y en vos fué, Osvaldo, en quien se fijó para darme esposo; si entónces nos conociéramos, y si me amárais, la suerte de ambos hubiera sido venturosa y serena. Habia oido hablar de vos con tantas alabanzas que, fuese presentimiento ó vanidad, me lisonjeaba en extremo la esperanza de ser esposa vuestra. Erais, á la verdad, demasiado jóven para mí, pues yo tengo diez y ocho meses mas; pero vuestro talento, y vuestra inclinacion al estudio excedian, segun afirmaban, á vuestra edad, y yo formaba tan suave idea de la vida con un carácter cual pintaban el vuestro, que esta esperanza desvanecia enteramente mis prevenciones contra el modo de vivir de las mujeres en Inglaterra. Sabia, por otra parte, que tratábais de estableceros en Edimburgo ó en Lóndres, y estaba segura de que en cualquiera de las dos ciudades hallaria el trato mas fino: decia para mí entónces, lo que todavia creo, esto es, que la desgracia de mi situacion consistia en habitar en una ciudad corta, y situada en el extremo de una provincia del norte, porque solo las grandes ciudades convienen á las

personas que salen de la regla comun, cuando quieren vivir en sociedad : en ellas varía la vida, y la novedad gusta ; pero en los parajes donde se ha tomado un hábito bastante dulce de la uniformidad, no es bien divertirse una vez para conocer el tedio de todos los dias.

Agrádame repetirlo, Osvado, aunque nunca os habia visto, esperaba con ansia á vuestro padre, que debia venir á pasar ocho dias en casa del mio, y este deseo tenia entónces demasiado poco fundamento para no ser precursor de mi destino venidero. Cuando llegó lord Nelvil, deseé agradarle, y acaso por desearlo con exceso trabajé para conseguirlo mas que debia ; manifesté todas mis habilidades, bailé, canté, improvisé para él, y mi entendimiento, largo tiempo reprimido, rompió quizá con demasiada fuerza sus cadenas. En siete años me ha sosegado la experiencia ; tengo ménos afan de mostrarme ; estoy mas acostumbrada á mí misma ; sé esperar mejor ; acaso presumo ménos de la buena disposicion de los demas ; pero tambien deseo sus aplausos con ménos ardor ; en fin, puede ser que entónces tuviese algo extraño. ¡ La juventud, en sus dias primeros, es tan fogosa, y tan imprudente ! ¡ se abalanza á la vida con tanta viveza ! El entendimiento por superior que sea, nunca suple por el tiempo ; y si bien con el entendimiento se sabe hablar de los hombres como si se conociesen, no es el obrar consiguiente á aquellas mismas observaciones ; hay cierta efervescencia en las ideas que

no nos permite acomodar nuestra conducta á nuestros propios raciocinios.

Creo, sin saberlo con certeza, que parecí á lord Nelvil demasiado viva, porque despues de pasar ocho dias en casa de mi padre, y haberse mostrado en ellos amabilísimo conmigo, nos dejó y escribió á mi padre que habiéndolo reflexionado todo, encontraba á su hijo muy jóven para verificar el matrimonio tratado. Osvado, ¿qué pensareis de esta declaracion ? Podia disimularos esta circunstancia de mi vida : no lo he hecho : ¿seria posible os pareciese una sentencia contra mí ? Sé que en siete años me he mejorado ; y ¡ hubiera visto vuestro padre sin conmoverse mi cariño y mi entusiasmo hácia vos ! Osvado, os amaba, y nos hubiéramos entendido.

Mi madrastra proyectó casarme con el hijo de su hermano mayor, que poseia una hacienda en nuestras inmediaciones ; era hombre de treinta años, rico, de hermosa figura, de ilustre nacimiento, y de muy buen carácter ; pero tan plenamente convencido de la autoridad de un marido sobre su mujer, y del destino sumiso y doméstico que la competia que solo dudar de esto le hubiera indignado, como si se pudiese en cuestion el honor ó la probidad, Maclinson (así se llamaba) me tenia bastante cariño, y no le causaba la menor inquietud lo que decian de mi genio y de mi carácter singular, porque en su casa habia tanto orden, y se ejecutaba todo tan regularmente, á la misma hora, y de la misma manera, que

era imposible ocasionar en ella la mas leve variacion. Ni dos tias ancianas que la gobernaban, ni los criados, ni aun los caballos, habrian sabido hacer siquiera una cosa diferente de la vispera, y á mi parecer los muebles que asistian á aquella especie de vida ya en tres generaciones, se hubieran salido por sí mismos de sus sitios, si se les hubiese presentado algo nuevo. Tenia razon por tanto Mr. Maclinson, en no temer mi entrada en aquella casa; era en ella tan fuerte el peso de los hábitos que la corta libertad que yo me tomase habria podido divertirle un cuarto de hora cada semana; pero ciertamente no hubiera causado mas consecuencias.

Era un hombre bueno, incapaz de dar digusto; mas, no obstante, si yo le hubiera hablado de las desazones sin número que pueden atormentar á un alma activa y sensible, me habria tenido por hipcondríaca, y me aconsejara sencillamente montar á caballo y tomar el aire. Deseaba ser mi esposo por lo mismo que no recelaba las necesidades del entendimiento ni de la imaginacion, y yo le gustaba sin que él me entendiese. Si sospechara no mas lo que era una mujer de talento y las ventajas y los inconvenientes que puede tener, temiera no ser bastante amable á mis ojos; pero semejante inquietud estaba muy distante de su cabeza: figuraos mi repugnancia á tal matrimonio. Rehuséle determinadamente; mi padre me apoyó; pero mi madrastra concibió de re-sultas gran rencor contra mí, porque era una mujer

despótica, en su corazon, por mas que su timidez la estorbase en algunas ocasiones manifestar su voluntad: si no adivinaban sus deseos, se incomodaba; y cuando le resistian, despues de haberse violentado para explicarse, lo perdonaba ménos, por quanto la habia costado mas dejar su acostumbrada reserva.

Toda la ciudad desaprobó claramente mi negativa. ¡Un enlace tan proporcionado, un caudal tan cuantioso, un hombre tan apreciable, una familia tan distinguida! esta era la voz general. Intenté explicar por qué no me convenia aquel enlace tan proporcionado; pero al momento que me ausentaba, se olvidaban de todas mis razones, porque volvian á renacer en la cabezas de mis oyentes sus ideas habituales, y recibian con nuevo placer á aquellas antiguas amigas, de que yo las separé un instante.

Una mujer mucho mas discreta que las demas, aunque se habia conformado en todo exteriormente con la vida comun, me llamó un dia á sólas, oyéndome hablar con mas viveza, y me dijo estas palabras, que me hicieron profunda impresion: — Querida os fatigais mucho por un resultado imposible; no mudareis la naturaleza de las cosas, y una reducida ciudad del norte, sin conexion con lo demas del mundo, sin aficion á las artes ni á las letras, no puede ser sino como es; si habeis de vivir aquí, someteos; idos, si podeis; no hay mas medios que estos dos. Este raciocinio era harto evidente, y sentí hácia aquella mujer cierta estimacion que no me

tenia á mí misma, porque dotada de inclinaciones bastante análogas á las mías, supo resignarse con el destino que yo no podia soportar; y amando la poesía, y los deleites ideales, juzgaba mejor de la fuerza de las cosas, y de la obstinacion de los hombres. Procuré verla con frecuencia, pero en vano; su entendimiento salía del círculo; mas su vida se encerraba en él; y todavía creo que temia despertar con nuestras conversaciones su natural superioridad: ¿de qué la hubiera servido?

CAPITULO III

No obstante, habria pasado toda mi vida en la triste situacion en que me hallaba, si hubiera conservado á mi padre; pero un accidente repentino me le robó: perdí en él mi protector, mi amigo, el único que me entendia en aquel desierto poblado, y fué tanta mi desesperacion que apenas pude resistir á mi pena. Tenia veinte años cuando murió, y me hallé sin mas arrimo, sin mas allegados que mi madrastra, con quien al cabo de cinco años que vivíamos juntas, no trataba mas que el primer dia. Empezó de nuevo á hablarme de Mr. Maclinson; y aunque no tenia autoridad para mandarme darle la

mano, no admitia en su casa á nadie mas, y me declaraba sin rebozo que no favoreceria otro enlace; no porque amase mucho á Mr. Maclinson, si bien era tan próximo pariente suyo, sino porque le parecia desdeñosa en despreciarle, y hacia causa comun con él, mas por defender la medianía que por amor propio de familia.

Cada dia se iba haciendo mas odiosa mi situacion, y ya me sentia acometida de la enfermedad del país, dolor el mas inquieto que puede apoderarse del alma. El destierro es á veces para los genios vivos y sensibles un tormento mucho mas cruel que la muerte; la imaginacion toma en desagrado todos los objetos que nos rodean, el clima, el suelo, el habla, los usos, la vida en total, y la vida por menor; hay una pena para cada momento y para cada situacion; porque la patria nos proporciona mil placeres habituales que nosotros mismos no conocemos hasta haberlos perdido:

. *La favella, i costumi,
L'aria, i tronchi, il terren, le mura, i sassi!* (1)
METASTASIO.

Ya es una desazon bastante viva no ver los lugares donde pasámos la infancia; las memorias de aquella edad, un particular encanto, tornan jóven el corazón, y al mismo tiempo suavizan la idea de

(1) habla y costumbres,
Aires, troncos, terreno, montes, peñas.

la muerte : el sepulcro á par de la cuna, parece que pone toda una vida bajo la misma sombra ; mientras los años pasados en un suelo extranjero son como ramas sin raíces. La generacion que va delante de nosotros, no nos vió nacer ; no es para nosotros la generacion de los padres, la generacion protectora ; los extranjeros no entienden mil intereses que son comunes entre paisanos ; es preciso explicarlo, comentarlo, decirlo todo, en lugar de aquella comunicacion fácil, de aquella efusion de pensamientos que comienza en el momento de volvernos á hallar entre nuestros conciudadanos. No podia acordarme, sin enternecerme, de las expresiones cariñosas de mi país. *Cara, carisima*, decia algunas veces paseándome sola para imitarme á mí misma la acogida tan afable de los Italianos y las Italianas, comparándola con la que ahora tenía.

Vagaba todos los días por el campo, donde acostumbraba oír por la noche en Italia tan armoniosas tonadas, cantadas por voces tan acordes, y solo resonaban en las nubes los graznidos de los cuervos. El sol tan hermoso, y el suavísimo ambiente de mi país, se hallaba sustituido con las nieblas ; apenas sazaban las frutas, no veía viñas, las flores crecían desmayadamente, y á larga distancia unas de otras ; los abetos cubrían todo el año los montes, como una negra vestidura : cualquier edificio antiguo, cualquiera cuadro, un solo cuadro hermoso, hubiera dado aliento á mi alma ; mas en vano ha-

ría buscado treinta leguas al contorno. Todo estaba triste y amortecido al rededor de mí, y las habitaciones y los habitantes únicamente servían para privar á la soledad de aquel horror poético que causa en el alma dulce estremecimiento. Hallábase comodidad, algun comercio y cultivo cerca de nosotros ; en fin, lo necesario para poder decir : *Debeis estar contenta, no os falta nada*. ¡ Estúpido juzgar por lo exterior de la vida, cuando todo el hogar de la felicidad y del padecer está en el santuario mas íntimo y mas secreto de nosotros mismos !

A los veinte y un años debía naturalmente entrar á poseer la hacienda de mi madre, y la que mi padre me habia dejado : entónces me ocurrió en mis meditaciones solitarias, pues era huérfana y mayor de edad, la idea de volver á Italia para hacer allí una vida independiente y toda dedicada á las bellas artes. Cuando me vino este pensamiento, me embriagó de felicidad, y al pronto no entendí pudiese dar mi proyecto lugar á ninguna objecion ; mas luego que se sosegó un poco mi fiebre de esperanza, me atemorizó aquella resolucion irreparable ; y figurándome lo que dirían todos mis conocidos, me pareció absolutamente impracticable el mismo intento que al principio se me representó tan fácil ; empero la imágen de aquella vida en medio de todas las memorias de la antigüedad, de la pintura y de la música se habia ofrecido á mis ojos con tantas circunstancias, y tanto atractivo, que me ins-

piró mayor aborrecimiento á mi molesta existencia.

Mi talento que temia perder se aumentó con el estudio no interrumpido de la literatura inglesa, y el modo profundo de sentir y pensar que caracteriza á vuestros poetas, habia fortalecido mi entendimiento y mi alma, sin quitarme nada de la imaginacion viva que al parecer solo pertenece á los habitantes de nuestras regiones. Podia, pues, creerme destinada á gozar de bienes extraordinarios por la reunion de raras circunstancias que me habian dado doble educacion, y si puedo decirlo así, me hicieron hija de dos naciones diferentes. Acordábame de la aprobacion que habia concedido en Florencia un corto número de buenos jueces á mis primeros ensayos de poesia: exaltábame pensando en los nuevos triunfos que podria obtener; en fin, tenia gran esperanza en mí misma: ¿no es esta la ilusion primera y la mas noble de la juventud?

Me parecia que iba á ser señora del universo el dia en que ya no sintiese el soplo disecador de la malévola medianía; pero cuando era menester tomar una resolucion y partir escapándome secretamente, me detenia la opinion pública, que me causaba mucho mas miramiento en Inglaterra que en Italia; pues aunque no me hallaba bien en la reducida ciudad donde vivia, respetaba el conjunto del país de que ella era parte. Si mi madrastra hubiese consentido en llevarme á Londres ó á Edimburgo, si hubiera tratado de casarme con un hombre de bastante

talento para apreciar el mio, jamas habria renunciado mi nombre ni mi existencia, aun para volver á mi antigua patria. En fin, por mas duro que fuese para mí el dominio de mi madrastra, quizá nunca me hubiera determinado á mudar de situacion, á no ser por una infinidad de circunstancias que se juntaron como para resolver mi ánimo indeciso.

Tenia conmigo á la camarera italiana que cono- ceis, á Teresina: es Toscana, y aunque su entendimiento no se ha cultivado, usa de aquellas expresiones nobles y armoniosas que dan tanta gracia á la conversacion mas trivial de nuestro pueblo. Solamente con ella hablada mi lengua, y este vínculo me hacia amarla mas. Veíala muchas veces triste, sin atreverme á preguntarle el motivo, recelando que echaba de ménos, como yo, nuestro país, y temiendo no poder contener mis propios sentimientos, si los excitaban los sentimientos ajenos. Hay penas que se suavizan comunicándose; pero las dolencias de la imaginacion se aumentan cuando se confían, y se aumentan en especial, cuando se descubre en otro un dolor semejante al nuestro. Entónces parece invencible el mal que padecemos, y no procuramos lidiar con él. Mi pobre Teresina cayó repentinamente enferma de gravedad; y oyéndola quejarse dia y noche, me resolví al cabo á preguntarle la causa de sus penas. ¿Cuál fué mi admiracion de oirla decir casi todo lo que yo habia sentido! No habia reflexionado tanto como yo sobre

el principio de sus pesares; los atribuía á circunstancias locales, y á ciertas personas en particular; pero la tristeza de la naturaleza, la insulsez de la ciudad donde vivíamos, la frialdad de su habitantes, la violencia de sus usos, sentíalo, sin comprenderlo todo, y exclamaba de continuo: — ¡Oh país mio! ¿no te volveré á ver? — Y en seguida, no obstante, añadía que no quería dejarme, y lloraba con una amargura que me rompía el corazón, por no poder conciliar su cariño hácia mí, su hermoso cielo de Italia, y el placer de oír su lengua nativa.

Ninguna cosa hizo mas sensación en mi ánimo que aquella repetición de mis propias impresiones en una criatura vulgar, pero que habia conservado el carácter y las inclinaciones italianas en su natural viveza, y le ofrecí volverla á Italia. — Con vos, me respondió. — Callé, y entónces se arrancó los cabellos, y juró que nunca se apartaría de mí; mas al pronunciar estas palabras, parecia próxima á espirar. Por fin, se me escapó decirle que yo volvería también, y este dicho únicamente dirigido á sosegarla, se hizo mas solemne por el gozo imponderable que le causó, y por la confianza que fundó en él. Desde aquel día, sin decirme nada, hizo conocimiento con algunos negociantes de la ciudad, y me avisaba con puntualidad cuando salía un buque del puerto inmediato para Génova, ó para Liorna; escuchábala, y no le respondía, y ella imitaba mi silencio; pero se le llenaban los ojos de lágrimas. Cada

día se alteraba mas mi salud con el clima, y con mis interiores penas; mi ánimo necesitaba movimiento y alegría, os lo he dicho mil veces, el dolor me haría morir; hay dentro de mí demasiada lucha contra él, y para vivir es preciso ceder á su fuerza.

Renovábase, pues, frecuentemente en mi alma la idea que me ocupaba desde la muerte de mi padre; pero amaba mucho á Lucila, que entónces tenia nueve años, y á quien cuidaba yo hacia seis, como segunda madre: pensé un día que si partiese en secreto perjudicaría de tal modo á mi reputación que podría padecer el nombre de mi hermana; y este recelo me hizo renunciar por algun tiempo á mis proyectos. Una noche, empero, en que sentia mas las desazones que experimentaba, tanto en mis relaciones con mi madrastra, como en mis relaciones con la sociedad, me hallé sola á cenar con lady Edgermond; y despues de una hora de silencio, me asaltó tal tedio de su imperturbable frialdad, que empecé la conversacion lamentándome de la vida que tenia, mas para precisarla á hablar, que para lograr ningun resultado; pero animándome poco á poco indiqué de improviso la posibilidad, en una situacion como la mia, de dejar para siempre á Inglaterra. No se turbó nada mi madrastra, y con una serenidad y un tono seco, que no olvidaré mientras viva, me dijo: Miss Edgermond, teneis veinte y un años; por consiguiente son vuestras la hacienda de vuestra madre, y la que vuestro padre os ha de-

jado : así pues, sois libre para gobernaros como quiéseris; mas si tomáis una resolución que os deshonre en la opinión pública, deéis por vuestra familia mudar de nombre, y daros por muerta. — Levantéme con ímpetu al oír estas palabras, y salí sin reponer.

Aquella desdeñosa dureza me causó la mayor indignación, y por un instante se apoderó de mi alma un deseo de venganza absolutamente ajeno de mi carácter. Sosegáronse estos impulsos; mas el convencimiento de que nadie se interesaba en mi dicha, rompió los vínculos que todavía me unían con la casa donde habia visto á mi padre. Es verdad, no me gustaba lady Edgermond; pero tampoco la miraba con la indiferencia que ella manifestaba; enternecíame su cariño á su hija; pensaba haberle inspirado interés con los cuidados que empleaba con aquella niña, y tal vez, al contrario, aquellos mismos cuidados habian excitado sus celos; porque cuantos mas sacrificios se habia impuesto en todos puntos, mas vèhemente era en el único afecto que se consentia. Todo el ardor, toda la viveza de que es capaz el corazón humano, dominado por la razón bajo todos los demas respectos, se encontraba en su carácter cuando se trataba de su hija.

En medio del resentimiento que excitó en mi alma la conversacion con lady Edgermond, vino á decirme Teresina muy conmovida, que en el puerto de donde solo distábamos algunas leguas, habia en-

trado un buque de Liorna mismo, y venian á bordo de él unos negociantes conocidos suyos, las gentes mas honradas del mundo. — Todos son Italianos, me dijo llorando, no saben hablar mas que en italiano; dentro de ocho dias se vuelven á embarcar, y van en derechura á Italia; si la señora se hallase resuelta... — Volveos con ellos, buena Teresina, le respondí. — No señora, exclamó; mas quiero morir. — Y salióse de mi aposento, donde yo me quedé reflexionando sobre mis obligaciones respecto de mi madrastra. Parecíame claro que deseaba separarme de su lado; la disgustaba mi influjo con Lucila; temia que el concepto en que me tenían de persona extraordinaria perjudicase algun dia á la colocacion de su hija; en fin, indicándome el deseo de que me diese por muerta, me habia dicho el secreto de su corazón; y este amargo consejo, que tanto me indignó al pronto, me pareció bastante juicioso, despues de reflexionarlo. — Sí, por cierto, exclamaba, pasaré por muerta en estos lugares donde mi existencia es solo un sueño inquieto: reviviré con la naturaleza, con el sol, con las bellas artes, y las frias letras que componen mi nombre, escritas en un sepulcro vano, ocuparán tan bien como yo mi lugar en esta mansion falta de vida. Sin embargo, estos impulsos de mi alma hácia la libertad no me dieron todavía valor para una resolución decisiva; hay momentos en que parece podemos lo que deseamos, y otros en que se nos figura debe triunfar de

todos los sentimientos del alma el orden habitual de las cosas. Hallábame en esta indecision, que podia durar siempre, pues ningun motivo exterior me obligaba á determinarme, cuando el domingo siguiente á mi conversacion con mi madrastra, vi, al anocheecer, debajo de mis ventanas, á unos cantores italianos que habian venido en el bajel de Liorna, y Teresina habia llamado para causarme una sorpresa gustosa. No puedo explicar la conmocion que sentí; cubrió mi rostro un diluvio de llanto; renováronse todas mis memorias, porque no hay cosa como la música para acordar lo pasado, y no solo lo recuerda, sino que se presenta, cuando ella le llama, semejante á sombras de las personas amadas, y vestido de un velo melancólico y misterioso. Cantáron los músicos aquellas dulcísimas palabras de Montí, compuestas en su destierro.

*Bella Italia, amate sponde,
Pur vi torno a riveder :
Trema in petto, e si confonde
L'alma oppressa dal piacer (1).*

Sentíame como embriagada, como llena hácia Italia de cuanto puede inspirar el amor, deseo, entusiasmo, recuerdos; ya no era señora de mí misma, toda mi alma la arrastraba mi patria; necesitaba verla, respirarla, oirla, cada latido de mi corazón

(1) Bella Italia, ó tierra amada,
Ya, por fin, te vuelvo á ver :
Dentro el pecho enajenada
Tiembla el alma de placer.

era un llamamiento á mi hermosa morada, á un risueño país. Si se ofreciese á los muertos en sus sepulcros la vida, no levantarían la losa que los cubre con mas ansia que yo sentia por apartar de mí todas mis vestiduras de muerta, y tomar otra vez posesion de mi fantasía, de mi genio, de la naturaleza. En el momento de aquella exaltacion causada por la música, me hallaba muy distante de determinar cosa alguna, porque eran mis sentimientos demasiado confusos para formar idea fija, cuando entró mi madrastra, y me pidió mandase cesar el canto, porque era escandalosa la música en domingo. Quise replicar; los Italianos se iban al otro día; hacia seis años que no disfrutaba de semejante placer; pero mi madrastra no me escuchó, y diciéndome era menester primero que todo respetar los estilos del país donde vivíamos, se acercó á la ventana, y mandó á sus criados despidiesen á mis pobres paisanos. Partieron, y de cuando en cuando me repetían un adios que me traspasaba el corazón.

Ya se habia llenado la medida de mis pesares; el bajel se ausentaba al día siguiente; Teresina, á todo riesgo, y sin darme noticia, lo habia preparado todo para mi partida: Lucila, hacia ocho días, estaba en casa de una parienta de su madre: las cenizas de mi padre no descansaban en la casa de campo donde habitábamos, porque dispuso que su sepulcro se levantase en su hacienda de Escocia. Por fin, partí sin avisar á mi madrastra, dejándole una